

Los mexicas ante el cosmos

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Para Martha Rosario



02-FIG.03

a

Por milenios, los mesoamericanos observaron la inconmensurable diversidad del mundo; supieron de la existencia de fuerzas imperceptibles que provocaban los cambios; esperaron la llegada de lo previsible y se previnieron contra lo imprevisto; clasificaron las cosas y descubrieron la regularidad de su reproducción. La fecha 2 *acátl* (a) indicaba el inicio de un nuevo siglo mexica. Teocalli de la Guerra Sagrada. Centro de México. MNA. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

La cosmovisión mexica concebía que la realidad divina estaba traslapada en el espacio de las criaturas, se creía en una doble naturaleza del tiempo y del espacio. Por una parte, existía el tiempo-espacio original y ajeno (“anecúmeno”), poblado por seres “sobrenaturales”: los dioses, las fuerzas, los muertos; por la otra, estaba el tiempo-espacio causado, propio (“ecúmeno”), el mundo creado por los dioses y habitado por las criaturas: los hombres, los animales, las plantas, los minerales, los meteoros, los astros.



En los relatos de la migración mexica se observa que había una división jerárquica de los dioses de los *calpulli*. Cada *calpulli* cargaba a su propio dios patrono; pero el conjunto de los migrantes se había movilizó por órdenes, bajo la protección y con la promesa hecha por un *calpultéotl* general: el dios llamado Huitzilopochtli, Tetzauhtéotl o Mexi. El portador del extremo derecho lleva el bulto sagrado con este dios. *Tira de la Peregrinación*, lám. II.

Quien contempla el cosmos admira su propia proyección. Derecha e izquierda siguen el eje de su cuerpo; el fuego alumbra a la medida de sus ojos; son sus temores los que moldean los hados y sus palpitaciones las que acompañan la música de las estrellas. Quien contempla el cosmos ve proyecciones de sus ancestros, de sus contemporáneos, de su futura descendencia. Quien contempla el cosmos ve su propia, privada, íntima proyección: su obra.

LA COSMOVISIÓN EN LA VIDA COTIDIANA

Para adentrarnos en el estudio de la cosmovisión de un pueblo es necesario que reflexionemos no sólo en el contenido de

EL OTRO TIEMPO		EL TIEMPO DEL HOMBRE
INTRASCENDENCIA DIVINA	TRASCENDENCIA DIVINA	NACIMIENTO DEL SOL
Ocio divino	1º Vida feliz de los dioses	4º Resurrección de los dioses (fin de su transformación con la incoación de los seres del tiempo del hombre)
	2º Aventura mítica	
	3º Muerte de los dioses (principio de su transformación)	Existencia de los seres del tiempo del hombre

Los mesoamericanos concebían que los dioses habían existido en otro tiempo, en otro espacio, en un allá-entonces que era y sería por siempre su morada. Se intuyó –más allá de la posibilidad humana de precisarlos– un tiempo no marcado por la voluntad de acción: el tiempo del ocio divino. Sin embargo, este tiempo fue la fuente inasible de actividad de dioses –ya múltiples– que abandonaron su reposo para dar principio al tiempo-espacio de las aventuras. Empezaron los mitos. Los dioses viajaban al mundo y luego de transformarlo regresaban a su tiempo-espacio original y ajeno a los hombres.

dicho sistema de pensamiento, sino en su origen y utilización. Cuando pensamos en su origen, por lo regular damos un valor excesivo a la especulación de los sabios y los iluminados, sin tomar en cuenta que los méritos corresponden a una inmensa multitud de autores anónimos que, día con día, a lo largo de los siglos, van transformando, sin saberlo, la forma de percibir y concebir el mundo.

En efecto, todos construimos la cosmovisión. Lo hacemos constantemente, en los más diversos ámbitos de nuestras acciones y reflexiones. Nuestra colaboración es en buena parte racional; pero, paradójicamente, no somos conscientes de ella. Al externar nuestras ideas, al recibir las de nuestros semejantes, participamos en un proceso milenar de selección, abstracción y sistematización del pensamiento. En cada uno de nuestros diálogos elegimos vías lógicas de comunicación y formulamos, también lógicamente, nuestros juicios, opiniones, propuestas y argumentos. Los diálogos, inmensamente multiplicados en la colectividad, contrastados, depurados por la lógica, se van incrustando en el gran sistema que llamamos cosmovisión, y el producto va cargado de la historia que nos transforma cada día. Esto produce una paradoja más: la cosmovisión, formada en la tradición de siglos y siglos, nunca está completa, nunca está terminada, porque la historia la modifica constantemente. El antiquísimo saber ha de vivir al día. ¿Por qué? Simplemente porque usamos la cosmovisión: de ella derivan las formas de percepción, las guías de acción, las normas de conducta, las estructuras de pensamiento, todo en el juego de la sabiduría de la tradición, de la adaptación al presente y de los proyectos de la vida futura. ¿Quién la posee? Ningún sabio, en ninguna época de la humanidad, ha sido capaz de abarcar el conocimiento de su tiempo. Cada creador-usuario posee un valioso segmento, y todos los segmentos se articulan para formar el gran conjunto de ideas. ¿Significa esto que todos los

miembros de una colectividad tienen un segmento absolutamente concordante con los demás? No, y aquí estaríamos ante una tercera paradoja: el conjunto no es sólo un complejo dialécticamente articulado, sino que es precisamente su conformación la que permite el diálogo social total, de la mayor armonía a la mayor discrepancia. La cosmovisión no es sólo una construcción de todos: es la palestra.

LA COSMOVISIÓN DE UN PUEBLO MESOAMERICANO

Es frecuente escuchar que cuando los mexicas se establecieron en el siglo XIV de nuestra era en la cuenca lacustre, su nivel de desarrollo era el de recolectores-cazadores, ajenos a la cultura mesoamericana. La idea de su primitivismo inicial forma parte de un patrón de leyendas de origen, repetido por otros muchos pueblos de la época; pero no corresponde a la realidad histórica. Los mexicas eran un pueblo pobre que buscaba un territorio propicio en el cual establecerse; pero eran mesoamericanos, esto es, cultural y lingüísticamente

estaban emparentados con otros pueblos que gozaban de mejor situación en el contexto político que los recibía. Pertenecían, por tanto, a una remota tradición que se había originado milenios atrás con los primeros pueblos agricultores de este territorio; su pensamiento era resultado de una larga transformación de sociedades que, de un estadio de aldeas incipientes, se habían desarrollado hasta constituir estados poderosos. Si bien cada pueblo poseía sus dioses patronos y sus cultos particulares, el panteón, la mitología, el ritual y las creencias sobre el funcionamiento del mundo concordaban en sus elementos nucleares. Por esta razón debemos entender al pueblo mexica, desde mucho antes de la fundación de su capital, Mexico-Tenochtitlan, como un componente más del orden cultural al que habían pertenecido los primeros cultivadores de maíz: los pueblos del Preclásico que perfeccionaron las técnicas agrícolas; los olmecas; los creadores del calendario, de la astronomía y de la escritura; los zapotecos, teotihuacanos y mayas del Clásico; los aguerridos toltecas y, en resumen, muchos otros pueblos que habían

participado en la construcción de una muy particular concepción del cosmos. Sin embargo, como todos los demás pueblos mesoamericanos, no fueron meros herederos. Al pertenecer a la tradición milenaria, enriquecieron con su propia historia aquella visión del mundo y llevaron su pensamiento para enfrentarlo o entrelazarlo hasta donde alcanzaron a llegar sus guerreros y sus comerciantes.

LA RECIPROCIDAD

Si nos fuese necesario señalar la característica más notable de la cosmovisión mexicana —y la de sus contemporáneos, la de sus antepasados e incluso la de sus descendientes— tal vez debiéramos mencionar que concebía que la realidad divina estaba traslapada en el espacio de las criaturas. Expliquemos: los mesoamericanos creían en una

doble naturaleza del tiempo y del espacio. Por una parte existía el tiempo-espacio original y ajeno, al que podemos denominar “anecúmeno”, poblado por los seres que suelen denominarse “sobrenaturales”: los dioses, las fuerzas, los muertos... Por la otra, el tiempo-espacio causado, propio, el “ecúmeno”, o sea el mundo creado por los dioses y habitado por las criaturas: los hombres, los animales, las plantas, los minerales, los meteoros, los astros. Sin embargo, el ecúmeno no sólo estaba poblado por las criaturas, pues también lo ocupaban los invisibles seres sobrenaturales, y eran ellos los encargados de dinamizar, animar, transformar, deteriorar y destruir todo lo creado. En esta forma, los mesoamericanos explicaban su propio ser y su entorno movidos por entidades imperceptibles, a muchas de las cuales antropomorfizaron. ¿Cómo? Atribuyéndoles características propias de los seres humanos, o sea deificándolas. Los dioses eran concebidos como seres benéficos o maléficos, afables o crueles, indulgentes o vengativos, generosos o avaros; pero, sobre todo, eran tan semejantes al hombre que podían escucharlo, compadecerse de sus ruegos, cambiar de voluntad si se condolían con sus plegarias y ofrendas, y conceder lo pedido a los piadosos. En otras palabras, entre los hombres y los seres invisibles podían establecerse nexos de carácter social, incluso establecerse pactos e intercambios de servicios mediante el diálogo constante entre el aquí-ahora y el allá-entonces.

A la creencia en esta estrecha relación se debe que el mesoamericano explicara su origen como el cumplimiento de una voluntad divina que buscaba un intercambio de prestaciones: los dioses habían creado al hombre y lo habían colocado en un nicho propicio para su existencia, distinguiéndolo de las bestias e imponiéndolo a ellas; pero también lo habían facultado, con la inteligencia, la palabra y las capacidades reproductivas y de trabajo para que cumpliera con sus funciones: debería reconocer a los dioses, adorarlos con sus plegarias, producir lo suficiente para ofren-



02-Fig.11

Coyolxauhqui, diosa de la Luna, quiso matar a Coatlicue, su madre, porque se enteró que estaba embarazada; en el momento de intentarlo nació su hermano Huitzilopochtli, quien la derrotó y decapitó. Coyolxauhqui. Centro de México. MNA. FOTO: BORIS DE SWAN / RAICES



02-Fig.13

Chicomecóatl fue una de las muchas deidades del maíz de los mexicas. Se creía que la diosa habitaba en el Tlalocan y que venía a la tierra cuando las mazorcas estaban maduras. Centro de México. MNA. FOTO: BORIS DE SWAN / RAICES



Algunos mitos se refieren a la existencia de los hombres en un lugar donde aguardan la oportunidad de salir a la superficie de la tierra. Este sitio es subterráneo, cavernoso, y se lo representa como una montaña que alberga en su seno siete grupos humanos a punto de ser paridos. Su nombre es Chicomóztoc (Lugar de las Siete Cuevas), y se considera el origen de todos los hombres. Chicomóztoc en el *Códice Azcatitlan*, lám. V. REPROGRAFÍA: BORIS DE SWAN / RAICES

darles, y reproducirse para garantizar que el reconocimiento y el intercambio se perpetuarían hasta el fin del mundo.

Era una concepción eminentemente agrícola. El agricultor se sentía auxiliado por dioses, fuerzas y muertos en sus cultivos. Las mieses se producían gracias a la permanente y estrecha colaboración entre las criaturas y los sobrenaturales, y por ello la cosecha debía dividirse para entregar las primicias a los seres invisibles. Se correspondía así con justicia a su intervención productiva.

LAS SOCIEDADES HUMANAS

La historia de los mexicas nos habla de su larga migración, que abarcó de principios del siglo XII a mediados del XIV. Habían par-

tido de un sitio llamado Aztlan con el propósito de encontrar la tierra prometida. Venían divididos en varios *calpulli*. Estos grupos comprendían un crecido número de familias supuestamente emparentadas por la ascendencia común de un antepasado con características divinas. Como podrá suponerse, el tipo de organización no era exclusivo de los mexicas, pues las fuentes documentales nos hablan de una tradición generalizada entre los pueblos mesoamericanos. Según las noticias que llegan a nuestros días, las poblaciones que ocupaban pueblos y ciudades se dividían en conglomerados que se repartían las tierras necesarias para su sustento. Cada *calpulli* poseía un espacio denominado *calpullalli* (tierras del *calpulli*), mismo que se parcelaba para distribuir en usufructo en-

tre las diversas familias que lo componían. De esta manera, la posesión inalienable de los predios daba origen a una fuerte cohesión de carácter económico entre los miembros del grupo. No era el único factor de unión, pues solía existir entre ellos una liga originada en la comunidad de oficio. Todo se remitía a un origen ancestral: el antepasado divino, llamado *calpultéotl* (dios del *calpulli*), los había creado con su propia sustancia, les había dado una profesión, les había prometido una tierra en este mundo y los había guiado milagrosamente hasta encontrarla. Ya establecidos, el dios seguía protegiéndolos y les otorgaba lluvias, fertilidad a sus semillas, salud y poder reproductivo; aunque también vigilaba el cumplimiento de sus obligaciones y castigaba sus transgresiones y su negli-

gencia. Con esta fundamentación religiosa, los *calpulli* se constituían políticamente alrededor de una jefatura de linaje, dirigida por el *teáchcauh* (hermano mayor) y por un consejo de ancianos. Cada familia contribuía al sostenimiento del gobierno y del culto internos. La herencia cultural se conservaba gracias a la tendencia endogámica del *calpulli*.

Los relatos de la migración mexicana nos hablan de una división jerárquica de los *calpulteteo* o dioses de los *calpulli*. En efecto, cada *calpulli* cargaba a su propio dios patrono; pero el conjunto de los migrantes se había movilizó por órdenes, bajo la protección y con la promesa hecha por un *calpultéotl* general. Era éste el dios llamado Huitzilopochtli, Tetzauhtéotl o Mexi.

La jerarquía no es contradictoria. Entre las características de los dioses mesoamericanos se encuentran las posibilidades de fusión y fisión. Así, el dios supremo se dividía en dos personas, el Padre y la Madre de los dioses. Sus hijos representaban sus desdoblamientos, y cada hijo seguía dividiéndose hasta constituir la multitud de divinidades que formaban el panteón. De igual manera, varios dioses podían unirse hasta formar uno de mayor poder, de un modo tal que la individualidad de los dioses era relativa. Podemos considerar, entonces, que la agrupación de numerosos *calpulli* podía basarse en la creencia de que los diversos *calpulteteo* se fundían en un *calpultéotl* general.

La jerarquía de los dioses patronos posee varios niveles. Sobre los protectores de los *calpulli* estaban los de las ciudades y estados; pero más alto se encontraban los de las etnias, entre ellos Otómítl, el dios de los otomíes; Mixtécatl, el de los mixtecos, y Cuextécatl, el de los huastecos. En este orden ascendente, se llegaba a la concepción de un patrono supremo: toda la humanidad tenía un dios generador, el que había tomado una parte de su propio cuerpo y la había derramado sobre la materia muerta para formar la masa de la primera pareja.

Cada patrono de *calpulli* centraba los intereses y forma de vida íntima de sus hijos. Templo, tierras, oficio, gobierno, salud, reproducción, lluvia, fertilidad, lengua, cultura, historia y destino giraban en torno a un dios que extendía la red de los nexos comunales. Sin embargo, la vida y la organización de los *calpulli* se hacían aun más complejas cuando estas unidades se convertían en las piezas de un estado. Los *calpullalli* adquirían entonces la categoría de demarcaciones o barrios, y cada *calpulli* debía recibir, alojar y mantener a otro gobernante, el *tecubtli*, nombrado desde el centro del poder por el *tlatoani* (rey). Las facultades del *tecubtli* eran diferentes de las del *teáchcauh*. Éste, como jefe natural del *calpulli*, tenía a su cargo la vigilancia interna, la distribución equitativa de las tierras, el reparto justo de las obligaciones tributarias, etc. El *tecubtli*, en cambio, era juez de causas mayores, capitán de la unidad militar que formaban los hombres del *calpulli* y recaudador de tributos, con la doble representación del rey ante el *calpulli* y del *calpulli* en el palacio. Como podrá suponerse, el *calpulli* convertido en demarcación estatal, debía contribuir ritual y económicamente al culto público del estado.



Para agradecer a los dioses los dones recibidos, los mexicas vestían ritualmente con la piel de un desollado a un representante de Xipe Tótec, dios de la renovación de la vegetación. Tlatelolco. MNA. FOTO: BORIS DE SWAN / RAICES

EL ORIGEN DEL HOMBRE Y EL DE LOS GRUPOS HUMANOS

Cuando las cosmovisiones plantean que las criaturas han existido sin mutación desde el principio del mundo, es necesario resolver graves contradicciones, entre ellas la antítesis de la unidad y la diversidad de lo creado. La permanencia de las características inmodificables de cada clase o especie permite que las generaciones presentes sustituyan a las que fueron iguales a ellas. Pero, ¿qué sucede cuando estas características esenciales aparecen fragmentadas, diversificadas, sin que pueda negarse que sus variantes sean también esenciales? Veamos el caso de los seres humanos. Se ha dicho que obtuvieron como atributos específicos el lenguaje y la capacidad de trabajo. Sin embargo, ¿qué pasa con las lenguas y los oficios? Según los mitos, unas y otros están distribuidos entre los distintos grupos humanos desde que éstos fueron creados. La esencialidad del



02-Fig.05

lenguaje puede suponerse antitética a la de las lenguas, y lo mismo sucede al contrastar la generalidad del trabajo con la particularidad de los oficios. Estos problemas van unidos al de la unidad y la diversidad del género humano, supuestamente inmutable desde su aparición en el mundo.

La solución de la paradoja se halló en la mitología. Un famoso mito explica el origen de la especie recurriendo a la acción de un dios creador: Quetzalcóatl viajó al Lugar de la Muerte, recogió allí materia ósea, la llevó a Tamoanchan y vertió sobre ella la sangre que extrajo de su propio pene. La mezcla dio origen a la primera pareja humana. Junto a este mito aparecen otros que se refieren a la existencia de los hombres en un lugar donde aguardan la oportunidad de salir a la superficie de la tierra. Este sitio es subterráneo, cavernoso, y se le representa como una montaña que alberga en su seno siete grupos humanos a punto de ser paridos. Su nombre es Chicomóztoc (Lugar de las Siete Cuevas), y se considera el origen de todos los hombres, aunque cada nacimiento tenga que reducirse al número canónico de siete conjuntos. Cada grupo saldrá dirigido por su dios patrono, quien le otorgará las especificidades esenciales. De esta manera se aplica la misma ley que rige a los dioses: un creador se segmenta en varios creadores; una creación se segmenta en varias creaciones. El ser humano, como tal, recibe sus atributos genéricos; el grupo, como tal, recibe sus atributos específicos. Siendo dos los nacimientos, tanto los primeros como los segundos atributos son esenciales.

LO IMPERCEPTIBLE

Vivimos atentos a la sucesión de procesos que transforman nuestra interioridad y nuestro entorno. Respondemos a la perpetua mudanza con la percepción y el acto, cuestionando y

Cada patrono de *calpulli* centraba los intereses y forma de vida íntima de sus hijos. Templo, tierras, oficio, gobierno, salud, reproducción, lluvia, fertilidad, lengua, cultura, historia y destino giraban en torno a un dios que extendía la red de los nexos comunales. Entre los muchos dioses que los mexicas tenían estaba Nappatecutli, patrono de los fabricantes de petates y ayudante de Tláloc para propiciar la lluvia. Centro de México. MNA.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

respondiendo siempre sobre las causas de lo regular y de lo contingente. Ésta es la condición humana, la que construye tradiciones con la experiencia acumulada.

Por milenios, los mesoamericanos observaron la inconmensurable diversidad del mundo; supieron de la existencia de fuerzas imperceptibles que provocaban los cambios; esperaron la llegada de lo previsible y se previnieron contra lo imprevisto; clasificaron las cosas y descubrieron la regularidad de su reproducción; proyectaron hacia todo el entorno sus hábitos sociales para influir con el gesto y la palabra, y atribuyeron su condición—su temporalidad, su finitud— a lo existente.

La concepción de las fuerzas imperceptibles culminó en la creencia en un trasmundo, fuente de todo dinamismo. Fue un trasmundo de infinitas piezas heterogéneas, con la diversidad suficiente para explicar la del mundo visible, colmado de criaturas. Éstas, arrastradas por cursos reiterados, previsible, hicieron que los cultivadores de maíz descubrieran, imaginaran o reiteraran el conocimiento de leyes universales, ciclos ciertos, retornos indefectibles creadores de las secuencias del día y la noche, de las lluvias y las secas, de la vida y la muerte, de ortos y ocasos. Pero el mesoamericano también tuvo que tomar en cuenta la ruptura de las regularidades, la aparición del accidente. Y el accidente—la violación de la ley— implicaba la existencia de los transgresores, entes sobrenaturales provistos de una voluntad semejante a la humana.

Los seres antropomorfizados por la atribución de voluntad son sin duda terribles por su capacidad de disponer a capricho del destino de los hombres. Sin embargo, la personificación magnificada los incluyó en la condición social, en las prácticas humanas, y fueron así los invisibles que escuchan, que se ablandan con halagos y dones, que recompensan los esfuerzos de los píos, que acogen bajo su protección a los desvalidos. Heterogéneos los dioses, cada uno de ellos haría valer la particularidad de su ser y dominio, de sus apetencias—necesidades, en última instancia—, y exigiría una vía cultural determinada y un tipo de ofrendas que satisficieran sus deseos.

Fuerzas, leyes, ciclos, dioses grandes y pequeños, poblaron este mundo; pero el mundo se había concebido con el principio y el fin inherentes al ser humano. Más



02-Fig.10

Los dioses eran concebidos como seres benéficos o maléficos, afales o crueles, indulgentes o vengativos, generosos o avaros; pero, sobre todo, eran tan semejantes al hombre que podían escucharlo, compadecerse de sus ruegos, trocar sus designios si se condolían con plegarias y ofrendas, y conceder lo pedido por los piadosos. Tezcatlipoca, uno de los dioses principales de los mexicas. Centro de México. Museo Nacional del Virreinato.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

cias, odios, envidias, venganzas, robos, estupros, guerras, mutilaciones... En pocas palabras, los dioses creadores fueron concebidos como actores de magnas epopeyas que culminaron en los actos de creación.

Hay dos mitos que exponen en términos muy amplios el sentido de los procesos formativos. Uno de ellos cuenta que los dioses vivían con sus padres, Tonacatecutli y Tonacacihuatl, en Tamoanchan o Xúchitl Itacan; pero su apacible existencia concluyó debido a que se atrevieron a cortar flores y ramas de los árboles de aquel vergel. Furiosos el Padre y la Madre por la conducta de sus hijos, los echaron de Tamoanchan, arrojándolos a la superficie de la tierra y al Lugar de la Muerte. Pese a su parecido con la tradición bíblica, la antigüedad americana de este mito está documentada en la iconografía. El segundo relato nos sitúa en Teotihuacan antes del nacimiento del mundo. Los dioses buscaron entre ellos al que pudiera convertirse

allá del destino acotado del mundo, los dioses habían existido en otro tiempo, en otro espacio, en un allá-entonces que era y sería por siempre su morada.

ALLÁ-ENTONCES

Se intuyó—más allá de la posibilidad humana de precisarlo— un tiempo no marcado por la voluntad de acción: el tiempo del ocio divino. Sin embargo, este tiempo fue la fuente inasible de actividad de dioses—ya múltiples— que abandonaron su reposo para dar principio al tiempo-espacio de las aventuras. Empezaron los mitos.

¿Qué son los mitos? Las referencias al juego de las fuerzas creadoras que interactuaron en el allá-entonces para generar lo mundano. Los procesos fueron descritos en términos humanos. La interacción de los dioses fue comparada con la vasta complejidad de las relaciones sociales, y por ello la imaginación de los mitopoetas produjo relatos de amoríos, lealtades, inconten-



02-Fig.06

REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Después de establecidos, el antepasado divino, llamado *calpultéotl* (dios del *calpulli*), seguía protegiendo a los mexicas y les otorgaba lluvias, fertilidad a sus semillas, salud y poder reproductivo; aunque también vigilaba el cumplimiento de sus obligaciones y castigaba sus transgresiones y su negligencia. Un sacerdote representa a Huitzilopochtli, dios patrono de los mexicas, en la fiesta de *panquetzaliztli*. *Códice Borbónico*, p. 34.

en Sol. Elegidos dos candidatos, el rico Tecuciztécatl y el pobre Nanahuatzin, los dioses les dijeron que habrían de arrojarse a sendas hogueras. Lo hizo Nanahuatzin y lo secundó Tecuciztécatl. Sus cuerpos se consumieron en las llamas; descendieron ambos al Lugar de la Muerte, y aparecieron posteriormente con enorme fulgor en el horizonte oriental. Nanahuatzin había conquistado la primacía con su arrojamiento. Los dioses reconocieron su valor y le pidieron que iniciara el curso celeste, necesario para la existencia del mundo; pero el Sol recién nacido se negó a ello, diciendo que no cumpliría su misión hasta que todos los dioses, siguiendo su ejemplo, fuesen sacrificados. El dios Xólotl huyó para escapar del sacrificio; pero su trágico destino se cumplió, y tras la muerte se convirtió en ajolote.

Estos relatos explican el proceso mitológico: el Padre y la Madre determinan crear el mundo y expulsan a sus hijos de Tamoanchan. Los dioses hijos quedan condenados

a existir tanto sobre la superficie de la tierra como en las profundidades. Su misión es dar origen a las criaturas a partir de sí mismos. Nanahuatzin, rey del mundo por nacer, muestra el camino: se inmola, penetra al Lugar de la Muerte, adquiere allí una nueva naturaleza y surge como la criatura máxima, el Sol. Los mitos nos muestran que las criaturas son los dioses creadores convertidos en seres mundanos por medio del sacrificio; su transformación los ató al ciclo de la vida y de la muerte. Cada individuo —astro, piedra, vegetal, animal, hombre— es un dios encapsulado en materia pesada, dura, perceptible, deteriorable. Cuando la materia se gasta, el individuo desaparece de la superficie del mundo; pero su esencia divina va al Lugar de la Muerte para esperar allí la oportunidad de brotar de nuevo, una vez más encapsulado, para dar origen a otro individuo. Su esencia —sustancia divina— se conserva así a lo largo de las generaciones.

EL MOVIMIENTO DEL MUNDO

Con el primer movimiento del Sol sobre la bóveda celeste se inicia la marcha del mundo. ¿Qué lo mueve? Todo lo existente —incluidos los dioses— está formado por dos sustancias opuestas y complementarias, combinadas en cada ser en diferentes proporciones. Una sustancia es celeste, superior, luminosa, masculina, seca, caliente; la otra pertenece al inframundo, es inferior, oscura, femenina, húmeda y fría. Entre ambas se establece una perpetua lucha que todo lo dinamiza. No poseen fuerzas iguales. Lo luminoso domina a lo oscuro y lo derrota; pero el desgaste del triunfo lo debilita, y permite que lo oscuro se reponga y lo venza.

Los ciclos se repiten indefinidamente en todos los ámbitos mundanos, de tal manera que hacen posible la existencia. Un perfecto equilibrio o una victoria absoluta de una de las fuerzas darían como resultado la destrucción de las criaturas y de su morada. Esta concepción constituye una diferencia fundamental de la tradición mesoamericana frente a otras visiones del cosmos en que la lucha de contrarios implica una existencia imperfecta, preludio del triunfo definitivo de una de las fuerzas. La tradición mesoamericana, realista, fija su atención en la existencia terrenal y considera al mundo un habitáculo apropiado para la existencia de las criaturas.

LA GEOMETRÍA CÓSMICA

La lucha de los opuestos, los ciclos de la existencia, la separación y la intercomunicación del ecúmeno y el anecúmeno requieren de un gran aparato que regule el movimiento. El mesoamericano imaginó este aparato como un gigantesco cuerpo geométrico. Tres grandes segmentos horizontales marcan la capas del espacio subterráneo (Chicnauhmictlan), la superficie terrestre con sus cielos próximos (Tlalticpac) y los cielos superiores (Chicnauhtopan). Son nueve las capas del espacio inferior, cuatro los cielos bajos de las criaturas y nueve los cielos altos. Recurriendo a los números sagrados, la fórmula sería $9 + 4 + 9$, si se toma como base la superficie de la tierra, $9 + 13$, correspondiendo el primer número a lo femenino y el segundo a lo masculino. Los cielos altos son exclusivos de los dioses; en los cielos bajos están los caminos de los astros.

Las capas de los tres grandes segmentos son traspasadas por el *axis mundi*, columna en que se produce el flujo de los opuestos complementarios. Con frecuencia la columna está representada por el abrazo de la corriente fría del agua que asciende del Lugar de la Muerte y la corriente de fuego que descende de los cielos superiores. Son dos cuerpos alar-

gados que giran enlazándose como un torzal, el *malinalli*.

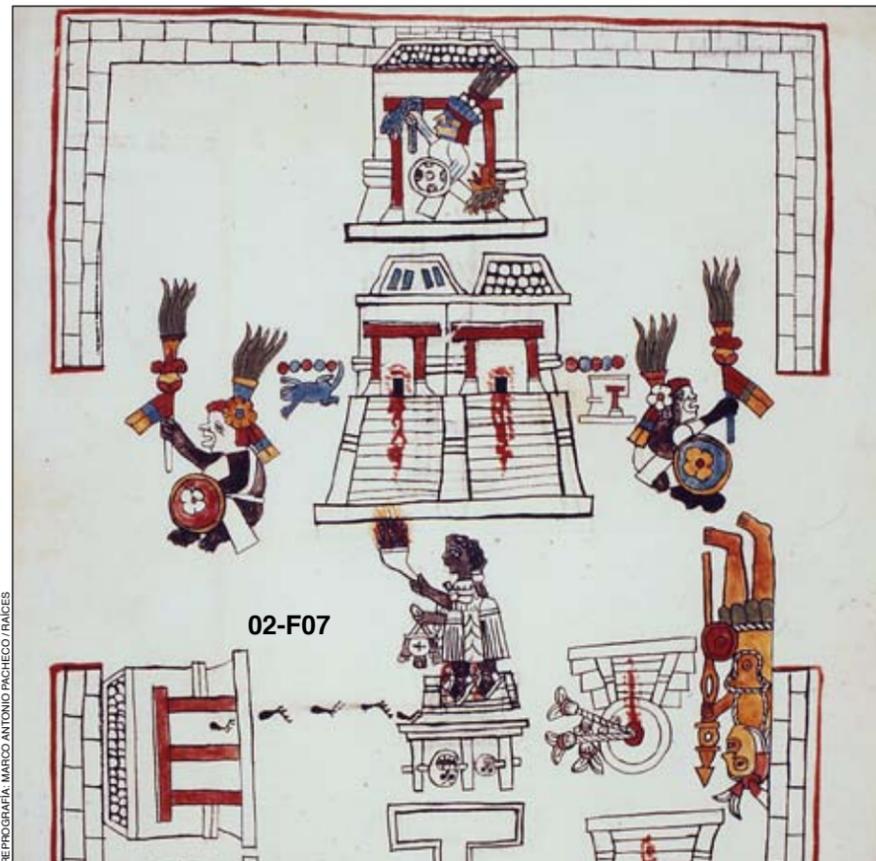
El *axis mundi* es un elemento complejo: en su base se encuentra el frío Mictlan, Lugar de la Muerte. Sobre éste, el Tlalocan aparece como un gran recipiente que guarda los meteoros (lluvias, granizo, rayos), las aguas que formarán los manantiales, las fuerzas de la germinación y las “semillas-

corazones”. Estas últimas son las sustancias divinas de los individuos muertos que esperan, bajo la tierra, la oportunidad de surgir de nuevo a la superficie. El Tlalocan está cubierto por una capa pétreo que es la cubierta del Monte Sagrado. Sobre el monte se yergue el Árbol Florido —algunas veces representado con dos troncos que se retuercen uno sobre otro—, cuyas ramas penetran en los cielos altos.

El *axis mundi* se proyectó hacia los cuatro rumbos, reproduciéndose en los extremos como árboles o columnas que separan el inframundo de los cielos superiores. Sin embargo, sus cuerpos son huecos, y el interior es el camino que recorren dioses y fuerzas para trasladarse a los distintos planos. Cada una de las cuatro proyecciones adquirió un carácter distintivo, mismo que los mexicas simbolizaron con colores: fue rojo el árbol del oriente; blanco el del occidente; negro el del norte, y azul el del sur. El centro, el *axis mundi*, recibió como propio el color verde.

Con esta construcción básica se explicaron los ciclos. Pongamos como ejemplos el ciclo de vida-muerte y el ciclo del tiempo. Cuando una criatura es destruida o fallece —sea el caso el de un ser humano— la interioridad divina se libera de la cubierta pesada y viaja al Lugar de la Muerte. El camino es penoso; los sufrimientos limpian a la entidad liberada de toda su historia individual, y cuando llega a la parte más profunda de aquel sitio helado es ya una sustancia sin vestigio de su anterior paso por el mundo. Sube entonces como semilla al gran repositorio del Tlalocan, y allí aguarda a que los dioses supremos la hagan ascender por el tronco del Árbol Florido para desde él lanzarla y depositarla, de nuevo, en el vientre de una nueva madre.

Por lo que toca al tiempo, los mesoamericanos lo concibieron desde épocas remotas como dioses que viajan al mundo, transforman todo a su paso y regresan a su espacio anecuménico. La sucesión de los dioses está ordenada estrictamente. El orden es el calendárico. Tomemos como ejemplo la formación de los días: cada uno se integra, en el interior de uno de los cuatro árboles cósmicos con la unión de dos dioses procedentes de dos conjuntos diferentes. Uno de los conjuntos tiene dioses-tiempos con nombres de número, del 1 al 13. El otro está formado por 20 dioses, a los que los mexicas denominaban cocodri-



Con el sacrificio ritual se buscaba pagar a los dioses por la vida, por las lluvias, por la fecundidad de las plantas, por la salud de los pueblos, por la sucesión benigna de los acontecimientos, por la continuidad del mundo. Además, se creía indispensable que los dioses mismos reprodujeran el episodio que los había inscrito en el ciclo de la vida y de la muerte. Los dioses debían morir al concluir su ciclo para volver a nacer con las fuerzas renovadas en el Lugar de la Muerte. Templos del recinto sagrado de Tenochtitlan con sangre de los sacrificados en las escalinatas. *Primeros Memoriales*, f. 269r.



Los dioses se agotaban al mover el mundo; era necesario que los fieles les entregaran el alimento indispensable para la reposición de sus fuerzas. El alimento de los dioses debía ser el más preciado: las primicias de las cosechas y la vida de los animales, pero también los corazones y la sangre de los hombres. En la fiesta de *xócotl huetzi* se danzaba alrededor de un poste y se arrojaba a un gran fuego a quien iba a ser sacrificado; antes de que muriera quemado, se le extraía el corazón, que era ofrendado a los dioses. *Códice Borbónico*, p. 28.

lo, viento, casa, lagartija, serpiente, muerte, venado, conejo, agua, perro, mono, hierba torcida, caña, jaguar, águila, buitre, movimiento, cuchillo de pedernal, lluvia y flor. La unión de dos dioses forma un nuevo dios: el día. Las combinaciones posibles son 260, lo que marca las dimensiones del ciclo adivinatorio. Así, el día —el dios— 1 Cocodrilo saldrá por el árbol rojo del oriente, y lo seguirán el 2 Viento por el árbol negro del norte, el 3 Casa por el árbol blanco del occidente, el 4 Lagartija por el árbol azul del sur, el 5 Serpiente nuevamente por el árbol rojo del este, y así sucesivamente hasta llegar a la última de las combinaciones posibles, el día 13 Flor, que saldrá por el árbol del sur, y al que seguirá el 1 Cocodrilo del siguiente ciclo. Del tante que resulte de la combinación de los dos dioses formadores dependerá el destino de las criaturas en ese día.

LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE

Los mexicas concebían al ser humano como un conglomerado de elementos cuya interrelación no sólo explicaba sus funciones fisiológicas y mentales, sino los vínculos del individuo con su entorno familiar y social, sus relaciones con los dioses, sus posibilidades de actuar frente a la sobrenaturaleza tanto en el ecúmeno como en el anecúmeno, y las transformaciones que sufría el hombre a lo largo de su existencia y en el camino al más allá. Sintéticamente puede afirmarse que al cuerpo de materia pesada y perceptible se sumaban numerosas entidades anímicas, que pueden ser consideradas tanto formadoras del ser humano como contingentes.

Las entidades formadoras pueden dividirse en dos clases: la identitaria y las que proporcionaban al hombre sus características individuales. La primera era el *teyolia*, ubicado en el corazón. Era la entidad anímica que el grupo humano había recibido del dios patrono, y por lo tanto, la base de los sentimientos, los derechos y las obligaciones propias de la pertenencia grupal. Como se vio anteriormente, esto tiene que ser apreciado en la relatividad de la dimensión patronal, lo que va de la calidad humana, adquirida por pertenecer a la especie, a las calidades particularidades de los niveles grupales más pequeños. En esta entidad anímica radi-

caban las principales funciones vitales, intelectuales y afectivas. El *teyolia* sólo dejaba el cuerpo a la muerte del individuo. Era, además, la entidad que viajaba al más allá después del fallecimiento.

Sigamos con las otras entidades formadoras que, a diferencia de la identitaria, proporcionaban la particularidad individual a cada hombre. Una de ellas, el *tonalli*, se alojaba principalmente en la cabeza; la otra, el *ihiyotl*, en el hígado. El *tonalli* vinculaba al individuo con las fuerzas sobrenaturales externas, entre ellas las del destino, mientras que del *ihiyotl* dependía su vigor físico y buena parte de sus pasiones y sentimientos. Ambas entidades no sólo podían salir total o parcialmente del cuerpo, sino que, libres de la cubierta pesada, en ocasiones permitían al individuo traspasar los umbrales que comunicaban ecúmeno con anecúmeno.

Las entidades anímicas contingentes eran numerosas y muy diversas. Algunas transitaban por el cuerpo; otras se establecían en él de manera más o menos permanente, provocando estados anómalos pasajeros o posesiones definitivas.

Algunas de las entidades permanentes otorgaban grandes poderes a la persona. Numerosos gobernantes, místicos y sacerdotes se consideraban vasos mundanos de algún dios. Entre los invasores comunes destacaban los dioses-tiempo, quienes influían en lo más profundo de la naturaleza del individuo. Muchos males —la artritis, por ejemplo— se concebían como el dañino alojamiento de pequeños dioses en diversas partes del cuerpo. La ebriedad era la intrusión de algún dios del pulque, y por este tenor se explicaban la libido, la inspiración artística, la locura y aun la irracionalidad homicida.



Los mesoamericanos concibieron al tiempo desde épocas remotas como dioses que viajan al mundo, transforman todo a su paso y regresan a su espacio. La sucesión de los dioses está ordenada estrictamente. El orden es el calendárico. Cada día se integra, en el interior de uno de los cuatro árboles cósmicos, con la unión de dos dioses procedentes de dos conjuntos diferentes. Uno de los conjuntos tiene dioses-tiempos con nombres de número, del 1 al 13. El otro está formado por 20 dioses con nombres de figuras. La unión de dos dioses forma un nuevo dios: el día. Las combinaciones posibles son 260, dimensión del ciclo adivinatorio. Trecena XVIII del *tonalpohualli*, calendario ritual. *Códice Borbónico*, p. 18.



Los mexicas usaron la fe en los dioses y el ritual del sacrificio como justificación para avasallar a sus contemporáneos. No fueron los únicos que, con el pretexto de cumplir una misión divina, llevaron el terror a los pueblos más débiles. Pero no puede negarse que la exacerbación del sacrificio humano los marcó históricamente. Los mexicas dijeron ser el pueblo del Sol y los responsables de salvaguardar la continuidad del mundo. Los sacrificios humanos alcanzaron en su tiempo enormes proporciones. Huitzilopochtli se hartó de sangre y de corazones al paso del hartazgo de la nobleza mexicana. Conquistas de los mexicas en la Piedra de Moctezuma I. Centro de México. MNA. FOTO: AUSTIN UZARRAGA / RAICES

Ya que no sólo el ser humano sino todas las criaturas llevaban en su interior las porciones de los dioses creadores de sus clases, éste tenía la posibilidad de relacionarse con los seres mundanos. Así, se creía que los procedimientos mágicos permitían el diálogo del hombre con el resto de las criaturas. Superados los obstáculos de su cobertura pesada y perceptible, el mago se dirigía a las entidades divinas de su entorno con la intención de convencerlas, disuadirlas o atemorizarlas. Por ello, hablaba a las enfermedades, a los medicamentos, a las plantas, a los árboles, a los animales, a los dioses mayores, en el más amplio ámbito de personificación.

LA MISIÓN DEL HOMBRE, LA MISIÓN DE UN PUEBLO

Entre toda la creación, el hombre era el elegido para entablar los más estrechos vínculos con la sobrenaturaleza. Su arquetipo había sido una pareja de dioses ancianos, Oxomoco y Cipactónal, caracterizada por la distinción sexual, las facultades intelectuales, sus atributos laborales y sus conocimientos mágicos y adivinatorios. Con este arquetipo, los mexicas reiteraban que los dioses habían creado al hombre para establecer una correlación entre dos tipos

de trabajo: la obra divina y la humana, recíprocamente imprescindibles.

La concepción de la dinámica cósmica como la lucha constante entre las fuerzas opuestas y complementarias implicaba la fatiga que daba lugar a los ciclos. Los dioses se agotaban al mover el mundo; era necesario que los fieles les entregaran el alimento indispensable para la reposición de sus fuerzas. El alimento de los dioses debía ser el más preciado: las primicias de las cosechas y la vida de los animales, pero también los corazones y la sangre de los hombres. Sólo con estos bienes podía garantizarse la continuidad de un mundo destinado a la desaparición.

La terrible carga de la ofrenda de vidas humanas había sido una remota herencia de los antiguos agricultores. Los mexicas estaban inscritos en una tradición que los constreñía a pagar el duro tributo. Los rituales de occisión ritual obedecían principalmente a dos razones: por una parte, llanamente, servían para pagar a los dioses por la vida, por las lluvias, por la fecundidad de las plantas, por la salud de los pueblos, por la sucesión benigna de los acontecimientos, por la continuidad del mundo; pero, además, se creía indispensable que los dioses mismos reprodujeran el episodio que los había inscrito en el ciclo de la vida

y de la muerte. Los dioses debían morir al concluir su ciclo para volver a nacer con las fuerzas renovadas en el Lugar de la Muerte. En el primer caso las víctimas se convertían en materia nutricia; en el segundo, eran vasos que los dioses ocupaban para recibir la muerte: los hombres eran convertidos ritualmente en semejanzas divinas y cumplían como víctimas la función de remitir al dios poseedor al Lugar de la Muerte.

Sin embargo, la terrible carga se distorsionó cuando la historia transformó a los pobres cazadores lacustres que llegaron a la cuenca en el pueblo hegemónico que llevó sus conquistas de mar a mar. Los mexicas usaron la fe en los dioses y el ritual del sacrificio como justificación para avasallar a sus contemporáneos. No fueron los únicos que, con el pretexto de cumplir una misión divina, llevaron el terror a los pueblos más débiles. Otros los antecedieron —los toltecas, los mayas de Chichén Itzá—; otros los emularon en su tiempo —los tarascos—; hoy siguen los mismos pasos quienes, en nombre de un dios y con la excusa de perseguir al Mal, siembran la muerte en el mundo. Pero no puede negarse que la exacerbación del sacrificio humano los marcó históricamente. Los mexicas dijeron ser el pueblo del Sol y los responsables de salvaguardar la continuidad del mundo. Los sacrificios humanos alcanzaron en su tiempo enormes proporciones. Huitzilopochtli se hartó de sangre y de corazones al paso del hartazgo de la nobleza mexicana. Como antes, como hoy —en México, en el mundo—, la religión sirvió a los poderosos para dominar y oprimir a los débiles. Como antes, como hoy, los mexicas tuvieron la soberbia de considerarse auxiliares indispensables de dioses que por sí mismos no podían cumplir sus designios. ☸

Alfredo López Austin. Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

PARA LEER MÁS...

GONZÁLEZ TORRES, Yolotl (con la colaboración de Juan Carlos Ruiz Guadalajara), *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1991.

GRAULICH, Michel, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, México, INI, 1999.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994.

OLIVIER, Guilhem, *Tezcatlipoca. Burlas y metamorfosis de un dios azteca*, México, FCE, 2004.